

cerrado en el que se ubica consume la energía equivalente a 3.500 barriles de petróleo al día. Todos los días visitan el centro prácticamente el mismo número de personas. Es fácil echar cuentas: para mantener este estilo de vida sería necesario un barril de petróleo por persona y día”.

Según las tesis de Rubin, llegará un momento en el que el crudo será tan escaso y tendrá un precio tan desorbitado –se ha dejado el petróleo más costoso de extraer para el final–, que algo así será inimaginable. Y no hablamos sólo de tener nieve en el desierto. El fin de la globalización económica nos permitirá recuperar la medida de las cosas. La buena noticia es que el descalabro de nuestro sistema económico va a conducirnos a un mundo “más pequeño” y a una nueva psicología.

Esto no significa regresar a una cultura conservadora ni renunciar a los beneficios de la era Internet, que nos permite comunicarnos instantáneamente con cualquier persona en cualquier lugar del planeta. Tal como concluye el filósofo Fernando Savater: “Se puede estar a favor de la globalización y en contra de su rumbo actual, lo mismo que se puede estar a favor de la electricidad y contra la silla eléctrica”.

Dejando un momento de lado las predicciones de Jeff Rubin, es interesante analizar desde el punto de vista psicológico qué nos ha llevado hasta el actual estado de las cosas. ¿Cómo y por qué hemos pasado de consumir lo que necesitábamos a una cultura de hiperconsumo compulsivo? Es una larga historia que nos remite a los inicios de la revolución industrial, cuando millones de personas dejaron la vida en el campo para entregarse a talleres y fábricas donde realizaban tareas tan agotadoras como repetitivas. Con el paso de las décadas, los trabajadores fueron ganando derechos, una mejor remuneración y tiempo libre, pero eso no evitó el principal de los males: a la mayoría no le gustaba el trabajo que realizaba.

Cuando alguien consume la mayor parte de su vida despierta –contando los desplazamientos de ida y vuelta al trabajo– haciendo algo que no le gusta,

la mente reclama una compensación. Como el niño que aborrece la escuela y, a la salida, come chucherías para resarcirse, el capitalismo se sustenta de esa necesidad de placer inmediato que oculta un tipo de vida que no nos satisface. Por eso, hasta el estallido de la crisis económica, trabajadores de todo rango contrataban vacaciones en el Caribe o se endeudaban cambiando de auto o comprando una segunda residencia. Era nuestra manera de hacer nieve en el desierto después de una jornada abrasadora.

Ahora que la fiesta comienza a terminar, empezamos a darnos cuenta de que quizás el paraíso en el que creíamos vivir no era tal. Como argumenta el analista político norteamericano Michael Parenti: “El problema del capitalismo es

“ Cuando el barril de petróleo vuelva a costar más de 100 dólares y acabemos de darnos cuenta de que por ese camino, no llegamos a ninguna parte, entonces surgirá la alternativa de otro mundo. ”

que recompensa la peor parte de nosotros como especie: una actitud despiadada, competitiva y manipuladora, así como los impulsos de satisfacción inmediata; mientras que las virtudes como la honestidad, la compasión, el juego limpio, el trabajo duro, la justicia y la preocupación por los demás obtienen poca gratificación, cuando no se convierten directamente en una desventaja o en un obstáculo para prosperar”.

La asignatura de humanizarnos

Novelas como *La carretera* de Cormac McCarthy o *Fin* de David Montea-

gudo nos presentan un futuro temible en el que tendremos que empezar de nuevo a partir de la nada. Sin embargo, incluso un crítico tan implacable como Noam Chomsky ve una esperanza para nuestra especie, si somos capaces de tomar otro rumbo: “La civilización industrial moderna se ha desarrollado siguiendo un impulso principal, la ganancia individual, que se ha aceptado como legítima e incluso como digna de elogio, porque se basa en la idea de que los vicios privados aportan valor al beneficio general. Hace tiempo, sin embargo, que estamos comprobando que una sociedad basada en este principio está abocada a su destrucción. Sólo podría sobrevivir si las fuerzas destructivas de los humanos fueran limitadas y el planeta tuviera recursos ilimitados, como un tarro de basura sin fondo. Actualmente, la especie humana debe elegir entre dos posibilidades: o la población toma el control de su destino, guiada por los valores de la solidaridad, la empatía y la preocupación por los demás, o bien perdemos el control de nuestro destino y, por lo tanto, la esperanza de sobrevivir”.

Hasta ahora, la degradación del medioambiente era un barómetro de la falta de madurez psicológica que caracteriza a nuestra especie. En ese sentido, el fin de la burbuja inmobiliaria en EEUU y Europa, y el colapso de los países industrializados nos han hecho despertar de este sueño que, como comentaba Jeff Rubin, tenía visos de pesadilla.

¿Y ahora qué?, podemos preguntarnos. Si se cumple el pronóstico del economista canadiense y regresamos a un mundo más pequeño, la humanidad estará a tiempo de afrontar su asignatura pendiente: humanizarse.

¿Un mundo feliz?

El autor de *Por qué el mundo está a punto de hacerse mucho más pequeño*, en una reciente entrevista, nos pinta un futuro cercano bastante más idílico que el de las novelas catastrofistas mencionadas: “Pronto nuestros alimentos procederán de un campo muy próximo a nuestra residencia, y las cosas que comemos probablemente vengan de una

fábrica de los alrededores, y no de alguna parte lejana del mundo. Casi seguro que iremos menos en coche y andaremos más, y esto quiere decir que compraremos y trabajaremos más cerca de casa. Nuestros vecinos y nuestro barrio adquirirán entonces una mayor importancia”.

Parece que en un mundo así lo tendríamos todo para ser felices, aunque hay quien no está de acuerdo con esta visión. El economista y activista Arcadi Oliveres opina que, sin justicia social, de nada sirve apostar por los productos naturales e, incluso, por el comercio justo. Su razonamiento es el siguiente: “Existen sellos de comercio justo. Cuando una empresa importa un producto del Tercer Mundo y éste tiene incorporado el sello, quiere decir que allí hay un representante de una ONG que ha comprobado cómo funcionan las cooperativas que venden el producto; si pagan salarios dignos, que no contaminan, no explotan a los niños... Si es correcto, le ponen el sello y, como la ONG te merece respeto, confías en que se ha elaborado dignamente.

“El fin de la globalización económica nos permitirá recuperar la medida de las cosas. La buena noticia es que el descabro económico va a conducirnos a un mundo “más pequeño” y a una nueva psicología.”

Siete pasos para ser feliz en un mundo pequeño

Antes incluso de que se cumpla la predicción de Jeff Rubin, hay una serie de medidas que podemos tomar para vivir en una escala más pequeña y natural:

1 Consumir productos de temporada. De este modo retomamos el contacto con las estaciones, cada una de las cuales nos premia con sabores y aromas varios.

2 Descubrir las tiendas del barrio. Aunque ofrecen precios algo más elevados que las grandes superficies, el trato familiar nos procura la sensación de pertenencia a la comunidad.

3 Caminar más. Si nuestro trabajo está demasiado lejos para ir en bicicleta, como mínimo en el tiempo libre deberíamos practicar el ejercicio más suave y saludable del mundo: caminar. Entre media hora y una hora diaria es una buena tónica.

4 Trabrar amistad con vecinos. Es muy agradable coincidir en la calle con personas con las que tenemos algo en común. Para ello, formar parte de algún club o asociación local sirve para estrechar lazos con personas cercanas.

5 Conocer mejor nuestro entorno. Podemos pasar la vida en un sitio pero limitar los pasos a las mismas calles y lugares. Antes de salir a explorar el gran mundo, deberíamos conocer los secretos del pequeño mundo que nos rodea.

6 Hacer fiestas en casa. Para no relacionar el hogar con la monotonía, invitar amigos a cenar u organizar veladas literarias es una manera de disfrutar de los placeres sencillos y a la vez sofisticados.

7 Leer y escribir. Puesto que vivir en un mundo pequeño no implica ser estrecho de miras, un libro es la manera más cómoda y ecológica –y a menudo intensa– de viajar. Por el mismo motivo, al compartir nuestros pensamientos por escrito, por ejemplo a través del correo electrónico, ampliamos nuestro círculo social sin salir de casa.

